

Leer el pasado para pensar el futuro. Memoria y “Plan de Vida” en una comunidad desplazada por la violencia al suroccidente de Colombia

Carlos Andrés Oviedo Ospina*

Resumen:

Desde su aparición entre las comunidades indígenas en 1994, los Planes de Vida se han constituido para estas como un espacio de reflexión y puesta en práctica de sus modelos alternativos de desarrollo. Para la comunidad desplazada por la violencia del Alto Naya en el 2001 –la cual se constituyó como cabildo indígena desde el 2004–, el Plan de Vida ha representado no solamente su proyecto económico y productivo; sino que también ha incorporado componentes particulares en el marco de su proceso por acceder a la justicia y a la verdad de los hechos que obligaron a su desplazamiento y que costó la vida a más de cincuenta personas en abril del 2001.

Esta ponencia presenta y analiza cómo las ideas de justicia, memoria y bienestar se relacionan y tienen como punto de encuentro el proceso de elaboración del Plan de Vida entre los desplazados del Alto Naya. En este se interroga y moviliza la memoria de los hechos conocidos públicamente como la “masacre del Naya”, al tiempo que se reflexiona y establecen proyectos como comunidad indígena de acuerdo a sus ideales de bienestar y calidad de vida; trazando de esta forma un puente que une al pasado con el futuro y marca el derrotero para alcanzar unas condiciones de vida digna.

El proceso de formulación del Plan de Vida revierte importancia en el marco de la conmemoración del décimo aniversario de la “masacre del Naya” que se llevó a cabo el pasado 11 de abril de 2011, evento que representa gran importancia como espacio público concurrido por instituciones del Estado, organismos de derechos humanos nacionales e internacionales, investigadores, periodistas y sociedad en general; es organizado por los desplazados y víctimas en general para exigir la justicia, reparación y el esclarecimiento de los hechos que se han mantenido en la impunidad desde hace ya 10 años. En los últimos meses los cabildantes de esta comunidad indígena se han ocupado en discutir y plantear un modelo de Plan de Vida que reúna y marque los derroteros para la realización de sus objetivos y que plantee al Estado una visión propia de reparación integral como indígenas desplazados por la violencia.

* Antropólogo. Grupo de investigación ANTROPOS. Departamento de Antropología, Universidad del Cauca. Email: carlosoviedo5@hotmail.com.

Leer el pasado para pensar el futuro. Memoria y “Plan de Vida” en una comunidad desplazada por la violencia al suroccidente de Colombia

“Construimos nuevas casas con tejas rojas donde las cigüeñas construyen sus nidos y con las puertas abiertas a nuestros invitados. Le agradecemos a la tierra que nos alimenta, al sol que nos calienta y a los campos que nos recuerdan los verdes pastos en casa. Con dolor, con tristeza y alegría recordemos a nuestro país cuando contemos historias a nuestros hijos, que comienzan como todas las historias: ‘había una vez una tierra...’ esas historias nunca terminan”.

Emir Kusturica (Underground, 1995)

Empezaré aludiendo a una premisa alrededor de la cual percibo consenso en los debates sobre memoria y violencia como el que nos convoca. La memoria social, ese dispositivo de referencialidad temporal que reside en prácticas colectivas y que permite que el pasado se perciba de una manera particular (Gnecco, 2000: 171), debe ser analizado a la luz del estado de cosas presente y a menudo puede estar más relacionado con las expectativas compartidas para el futuro, que con los acontecimientos mismos que se quiere recordar.

En este artículo reflexiono acerca de la elaboración del Plan de Vida por parte de la comunidad indígena desplazada por la violencia de la región del Alto Naya (límites entre los departamentos de Valle y Cauca) y reubicada en el municipio de Timbío (Cauca). Presento algunos elementos para la comprensión de este proceso privilegiando un análisis de las prácticas cotidianas en las que se inscribe, los vehículos a través de los cuales es construido y apropiado por el cabildo indígena y finalmente establezco la relación entre la planificación y la construcción de horizontes históricos a partir de la identificación de diferentes experiencias con la violencia y el desarraigo por parte de esta comunidad a lo largo de su historia.

La región del Naya

La cuenca hidrográfica del río Naya o región del Naya, está ubicada al extremo occidental de Colombia entre la Costa Pacífica y la Cordillera Occidental, en los límites de los departamentos de Valle y Cauca. El Naya, a su vez forma parte de la macroregión del Pacífico, que se caracteriza por su paisaje selvático, alto nivel de pluviosidad y su riqueza en biodiversidad y minerales.

Vivir en el Naya es, en muchos sentidos, vivir al margen de la institucionalidad estatal. Al igual que gran parte del país, las poblaciones de esta región no gozan de muchos de los servicios básicos que debe garantizar el estado moderno. Las organizaciones de base, como cabildos indígenas y juntas de acción comunal suplen el papel de las instituciones estatales que no tienen presencia en esta parte del país y sus líderes sirven de puente con las instituciones públicas municipales de Buenos Aires (Cauca) y Buenaventura (Valle) para gestionar y garantizar las necesidades de salud y educación. Las poblaciones carecen de acueductos y de servicio de energía eléctrica, tampoco cuentan con escuelas suficientes que brinden la totalidad de la educación básica secundaria. Desde mediados de los años ochenta, dada la poca presencia estatal, las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC- y el Ejército de Liberación Nacional -ELN-, se

establecieron en la región, además de comerciantes y cocaleros llegados de otras regiones del país que cultivaron de forma extensiva la coca para su posterior procesamiento y tráfico.

Los indígenas y campesinos que se congregaron para conformar el cabildo “Kitek Kiwe” provienen en su mayoría de la parte alta del Naya, la cual por sus características geográficas, históricas y económicas representan un contexto diferente al de las zonas bajas del Naya en el litoral Pacífico. El denominado “Alto Naya” se extiende desde los cerros San Vicente y Cerro Naya, en las cabeceras del río Naya, y hasta las veredas La Playa, (adscrita al municipio de Buenaventura, Valle), y El Playón (López de Micay, Cauca), ubicadas en las tierras bajas después de descender por la cordillera en dirección este/oeste. Cabe anotar también que veredas pertenecientes al municipio de Buenos Aires como El Ceral, La Silvia, Campamento y Patio Bonito que aunque no están ubicadas en la hoya hidrográfica del Río Naya, son puntos de paso obligado para entrar a la región y por ello participan de su dinámica socioeconómica; muchos de sus pobladores se dedican a la arriería, lo que permite el ingreso de víveres y otras mercancías o poseen ventas de comida para quienes se dirigen al Naya. Muchos de los miembros de Kitek Kiwe provienen de estas veredas.

Poblamiento del Alto Naya

El proceso de poblamiento del Alto Naya se da por motivo de la escalada violenta de los años cincuenta y sesenta en el suroccidente del país. El enfrentamiento entre liberales y comunistas contra las tropas conservadoras del gobierno dejó miles de muertos por llanos y montañas y otras tantas familias se quedaron sin tierra para vivir y cultivar. En el Cauca comunidades indígenas nasa también fueron duramente golpeadas por la violencia. Como lo relata Rappaport (2000:168), los nasa “de filiación liberal y comunista fueron vistas por la policía militar del gobierno como agitadores potenciales. Los militares diezmaron comunidades enteras, saquearon las casas y persiguieron a sus habitantes y muchos se vieron obligados a huir a tomar refugio en las comunidades de las laderas occidentales o en el Valle del Cauca”. Así recuerda uno de los cabildantes de Kitek Kiwe los motivos para adentrarse en las tierras del Naya:

Nosotros vivíamos en una vereda de Jamundí, allá no nos dijeron que nos fuéramos, sino que uno no podía salir al pueblo porque ahí mismo lo iban cogiendo y lo iban matando y si estaba uno en la casa, por la noche llegaban a buscarlo para matarlo. En ese tiempo fue por política, por el conservador y el liberal que nos tocó irnos, porque a mi papá lo iban a matar por quitarle la territa, casi lo matan, donde no hubiera sido por un amigo lo habían matado. Alcanzaron a llegar a la casa pero no lo encontraron. Porque nosotros no dormíamos en la casa, me acuerdo mucho que nos tocaba salir a las 6 de la tarde para ir a dormir en el monte. Una noche como a las diez llegaron a buscarlo y como no lo encontraron le metieron candela a la casa. Ahí fue que nos tocó irnos, dejando botado todo y echamos para las montañas, por eso fue que nos tocó irnos para allá (al Naya) (cabildante de Kitek Kiwe. Timbío, Cauca, septiembre 2008).

Sin embargo, no todos los indígenas que colonizaron la región del Alto Naya llegaron hasta allí huyendo de la persecución política sino por la carencia de tierras y por la explotación de los latifundistas y hacendados. La pérdida de tierras es un flagelo que ha acompañado durante generaciones la historia del pueblo nasa. Desde los siglos XIX y principios del XX la élite de

Popayán y empresarios caleños extendieron sus latifundios por los territorios nasa para cultivar café o para la cría de ganado (Findji y Rojas 1985). Los indígenas desposeídos fueron incorporados a las haciendas como terrajeros siempre al borde de la expropiación y sobreexplotados por sus patronos manteniendo un suelo fértil para la disidencia política (Rappaport 2000) y obligando a las comunidades nasa a buscar nuevos territorios para establecerse. Fue este el caso de varias familias nasa que habían tenido que migrar hacia el norte del Cauca y el sur del Valle, y ante la imposibilidad de encontrar territorios para establecerse libres de la explotación de los terratenientes, se fueron adentrando en la cordillera Occidental. Con machete en mano y abriéndose camino entre la selva inhóspita, divisaron desde las partes altas las tierras cálidas y fértiles donde se establecerían con sus familias en caseríos levantados a la orilla del río Naya.

Siempre siguiendo la voz emprendedora de don Francisco Viscunda y de don Luis Ramos - *mayores* nasa que por distintas sendas llegaron hasta el Naya- hombres y mujeres trabajaron descapotando y tumbando monte, mientras mambeaban coca para amainar el hambre, cruzando ríos y quebradas que iban bautizando a su paso; atravesando peñas y desfiladeros, para adecuar los caminos que comunicarían a su nuevo territorio con el exterior. Por esos mismos caminos continuarían entrando en diferentes épocas familias huyendo de la violencia y en busca de tierras para establecerse; campesinos, comerciantes y en general hombres y mujeres con la ilusión de recomponer social y económicamente sus vidas. Conformaron juntas y cabildos que suplieron la ausencia estatal, coordinando la construcción de escuelas, centros de salud y la reparación de los caminos, por los que llegaron también hasta el Naya las guerrillas de las FARC y el ELN. Llegaron también negociantes y hombres con ansias de riqueza que buscaron oro o sembraron coca. Y fue por esos mismos caminos por donde entraron desde comienzos del 2000 los paramilitares para asesinar a más de medio centenar de personas entre indígenas, campesinos y afrodescendientes, obligando a otras 2.500 a salir de la región, siguiendo esta vez en sentido contrario los mismos caminos por dónde medio siglo atrás sus padres y abuelos trochaban en medio del monte con la ilusión de un nuevo territorio.

La masacre anunciada

El 10 de abril de 2001 un ejército de 300 paramilitares arribó a la vereda El Ceral, en cercanías al corregimiento de Timba, en el camino que conduce al Naya. En este pequeño poblado iniciaron el brutal recorrido, conocido como “La Masacre del Naya”¹. Utilizaron los más brutales métodos para persuadir a las comunidades y obligarlas a salir; según cuentan los sobrevivientes, usaron motosierras para desmembrar a sus víctimas y muchas fueron arrojadas a los abismos y a los ríos, lo que ha dificultado realizar los levantamientos correspondientes y la posterior identificación de los cuerpos. En el punto El Crucero, cerca al caserío de Río Mina, en el Alto Naya, reunieron a la población y les dieron 5 horas para abandonar la región. Cientos de familias tuvieron que salir del Naya por los diferentes caminos que comunican a la región con el interior del país sin más ajuar que la ropa que vestían y dejando abandonadas sus casas con todas sus pertenencias, cosechas y animales. A veces la insistencia de las víctimas de ir hasta sus casas por los documentos de identidad o por unos zapatos apropiados para poder recorrer la trocha y salir del Naya, representó

¹ Sobre el número de víctimas en la masacre no hay certeza, muchos cadáveres fueron desmembrados y arrojados a los abismos. Las comunidades hablan de más de 100 personas muertas, legalmente se han reconocido 36.

una provocación para los paramilitares que lo interpretaban como la prueba irrefutable de su pertenencia a algún grupo guerrillero. Algunos recuerdan que en medio de la confusión y con el afán de salir del Naya, se aventuraron a tomar caminos que se creía conducían al exterior, pero que nunca habían transitado, lo que los obligó a pasar días enteros perdidos en medio de las montañas sin comer y con el terror de que los paramilitares pudieran alcanzarlos.

Pese a que los líderes de las comunidades habían estado alertando a las autoridades competentes sobre la inminente entrada de los paramilitares a la región, por parte del Estado nunca se tomaron medidas para proteger a estas comunidades, que ya habían perdido a uno de sus líderes: el gobernador indígena José Elías Tróchez, asesinado por la guerrilla, después de haber adelantado una denuncia ante la Defensoría del Pueblo en Bogotá acerca de las amenazas de los paramilitares de incursionar en la región. La Defensoría del Pueblo también dirigió en varias ocasiones informes que alertaban a los Ministerios de Defensa y del Interior y a otras instituciones estatales acerca del peligro de una incursión paramilitar en la zona, entre ellas a la III Brigada del Ejército con sede en la ciudad de Cali, a escasos kilómetros de la vía por donde se movilizaría semanas después el contingente paramilitar que llevó a cabo la masacre.

Cuatro días después de haber ingresado por zona rural de Buenos Aires y de haber llevado a cabo la masacre, los paramilitares llegaron a Puerto Merizalde, población de mayoría afrodescendiente en el Bajo Naya, donde fueron capturados por la policía entre abril y mayo de 2001, 73 paramilitares del Bloque Calima que presuntamente abrían participado en la masacre del Naya. Sin embargo, poco se sabe de los autores intelectuales de la masacre. Desde las organizaciones comunitarias se ha venido desvirtuando la versión de los paramilitares acerca de la pertenencia a grupos guerrilleros de quienes fueron asesinados y han mostrado que en realidad se trataba de campesinos o miembros de las comunidades afro e indígenas de la zona. Las organizaciones también exigen que se investigue los móviles de la masacre y a quienes estuvieron involucrados en esta, entre los que podrían encontrarse altos mandos del Ejército Nacional y reconocidos empresarios del Valle que pudieron resultar beneficiados con el desplazamiento de las comunidades del Naya².

Plan de Vida

Para el cabildo indígena Kitek Kiwe el Plan de Vida es “el pensamiento colectivo para preservar la integridad étnica de la comunidad, diseñada por ella misma con la dirección de sus autoridades, con el propósito de crear las condiciones para afrontar el presente y futuro como comunidad; milenaria, social y cultural en defensa de la vida y del territorio” (Cabildo Kitek Kiwe, 2011).

² Un aspecto agravante de la situación, es que sus agendas se llevan a cabo en medio del conflicto. El proceso de restablecimiento, de exigencia de verdad, justicia y reparación convive con las amenazas y el asesinato de sus líderes; tal es el caso de Alex Quintero, presidente de la Asociación de Juntas de Acción Comunal del Naya que fue asesinado el pasado 23 de mayo de 2010 en Santander de Quilichao. Alex era uno de los abanderados del proceso de las víctimas de la masacre del Naya, había denunciado en diferentes espacios la impunidad con la que se mantenía el asesinato de campesinos, indígenas y afrodescendientes de la cuenca del Naya.

Algunos autores (Gow, 1998; Rojas, 2002) sostienen que la Constitución de 1991 es clave en la motivación que han tenido los pueblos indígenas para formular sus planes de vida, pues estableció la conformación de las Entidades Territoriales indígenas (art. 329) y dentro de las funciones de los Consejos de los Territorios Indígenas estableció: “diseñar las políticas y los planes y programas de desarrollo económico y social dentro de su territorio, en armonía con el Plan Nacional de Desarrollo” (art. 330).

Sin embargo Rojas (2002), también aclara que “los pueblos indígenas han tenido su proyecto de vida y sus estrategias de relacionarse con la sociedad mayoritaria. Prueba palpable de ello es su propia existencia y la interpelación permanente que nos hacen para que no entorpecamos su desarrollo”³. Probablemente entre estas estrategias se encuentre la reflexión alrededor de los interrogantes que los líderes indígenas del Cauca que han acompañado la elaboración del Plan de Vida del cabildo Kitek Kiwe, consideran fundamentales para este proceso, estos interrogantes son: ¿quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Dónde estamos? ¿Para dónde vamos? Los cuales surgieron en el mismo momento que se planteó conformar las organizaciones indígenas del Cauca y que culminaron con la elaboración del ‘Proyecto Nasa’. “Si estas preguntas están claras se puede enfrentar cualquier cosa, porque ellas son las que mantienen en movimiento el espiral de la memoria”, agrega uno de estos líderes.

Estas dos visiones acerca del origen de los “Planes de Vida” remiten fundamentalmente a la diferencia entre el Plan de Vida como documento escrito, homólogo de los Planes de Desarrollo de los municipios, pero con un enfoque que lo hace diferencial, pues contiene la visión particular de los pueblos indígenas. Y por otro lado al Plan de Vida como un proceso social arraigado en cada una de las actividades que se realizan de manera colectiva en procura de la pervivencia como pueblo indígena. El primero es un documento a menudo auspiciado en su formulación por instituciones del Estado u organizaciones de cooperación internacional, que reposa en las oficinas gubernamentales, en los archivadores de los cabildos y que como anota David Gow (1998) “pueden servir a una variedad de propósitos: son prueba de cierto nivel de capacidad y madurez institucional, visión a largo plazo, de que se tiene en cuenta el futuro y cómo se afrontará y establece justificaciones para conseguir apoyo financiero”. El Plan de vida como un proceso social, en palabras del líder Feliciano Valencia: “no es un documento, más que eso es la memoria de los pueblos (...) hay que ser cuidadosos porque hay planes de vida que piensan más en aspectos técnicos y en lo económico y esto es delicado porque puede desorientar los principios (...) si las preguntas fundamentales están claras se puede enfrentar cualquier cosa. La identidad está reflejada en la memoria, que es la que permite no desorientarnos en los principios del plan”.

Pensar la vida ¿en el texto o en la vida misma?

Para el caso de Kitek Kiwe el Plan de Vida es menos un documento terminado que un proceso dinámico que se inició en el 2004 cuando indígenas y campesinos desplazados del Alto Naya conformaron el cabildo en el predio donde fueron reubicados en Timbío, Cauca. El compromiso

³ Esto escriben en su Plan de Vida los mayores de los pueblos Uitoto, Tikuna, Bora y Cocama del Amazonía: “El Plan de Vida indígena ya se había trabajado desde el comienzo del mundo, ya estaba definido porque nuestros abuelos tenían el manejo de todo el mundo. Los pueblos indígenas siempre tuvimos Plan de Vida porque estábamos mejor relacionados y en armonía con la madre naturaleza y con Dios, el cual nos dejó todo organizado y ordenado para todos los seres”.

con la recuperación de valores culturales se evidencia desde el principio con el nombre en nasa yuwe que dieron al cabildo, *Kitek Kiwe*, que quiere decir ‘tierra floreciente’, demostrando no sólo el resurgimiento de los valores comunales, sino también una revitalización de la conciencia histórica.

Allí establecieron los principios fundamentales del Plan de Vida: ‘Unidad’, ‘Territorio’, ‘Rescate Cultural’, ‘Autonomía’, ‘Espiritualidad’ y ‘Reciprocidad’. Actualmente el cabildo trabaja en la elaboración de un documento escrito que pueda ser presentado como EL PLAN DE VIDA, pues su existencia facilita el establecimiento de proyectos y agendas conjuntas con las organizaciones indígenas regionales y con organismos de otra naturaleza como ONG’s. El documento ‘Plan de Vida’ de Kitek Kiwe va recopilando las actividades en curso y proyectos relacionados con cada uno de los principios fundamentales. Está integrado por fragmentos de informes de actividades coordinadas por el cabildo y enclavadas en la cotidianidad, por informes de proyectos productivos y por trabajos realizados por investigadores y académicos, por textos editados por las organizaciones del indígena del Cauca, acerca de la cosmovisión y cultura nasa, los cuales son editados e interpretados por autores individuales miembros del cabildo quienes van dando forma al documento y le añaden su visión personal acerca del desarrollo y la planificación en la comunidad. En este sentido podría decirse que es mucho más rico el contenido del Plan de Vida como proceso social, que reside en las asambleas, reuniones con instituciones del Estado, ONG’s, periodistas, académicos, trabajos comunitarios, rituales de armonización, entre otros, donde se manifiesta de forma oral y práctica la memoria y la proyección de la comunidad.

Así, por ejemplo, la elaboración de un proyecto productivo o granja integral que reúna en el territorio de La Laguna cultivos para comercializar, para el autoconsumo y que contribuya a ‘recuperar’ productos tradicionales, dinamiza el principio del Plan de Vida referente a la economía. Los proyectos que se llevan a cabo de manera conjunta con universidades, como el rescate de la vivienda tradicional nasa también deben articularse a los trabajos realizados en esta misma área por el cabildo. El Plan de Vida fija los límites y áreas dentro de los cuales deben desenvolverse las investigaciones y en general proyectos ejecutados al interior de la comunidad, de modo tal que los esfuerzos, independiente de dónde provengan, se articulen en una misma agenda.

Desde el Centro Educativo Elíaz Troches, con actividades como la cátedra ‘Plan de Vida’ en la que los niños y jóvenes, a partir de las siglas ‘D.Q.P.’ recuerdan reflexionar a cerca de las preguntas “de dónde vengo”, “quién soy”, “para dónde voy”. Plantean sus proyectos personales en función de la pertenencia a la comunidad y al cabildo Kitek Kiwe. También la enseñanza del Nasa Yuwe, el mantenimiento de una parcela o *tul* con plantas medicinales, se inscriben en el principio fundamental de “rescate cultural”.

Desde la reubicación en el 2004 e incluso desde los albergues temporales en Santander de Quilichao y Toez (Caloto) donde permanecieron los desplazados antes de llegar a Timbío, la idea de conformar un centro educativo basado en la “educación propia” y en los valores del pueblo Nasa han contribuido a dinamizar el proceso organizativo de la comunidad y a establecer los principios fundamentales para el Plan de Vida.

El espacio que hoy ocupa la escuela en Kitek Kiwe también es un importante punto de encuentro para los comuneros, mucho de la vida social de la comunidad transcurre en las aulas y sus alrededores. En una de estas se exhibe actualmente algunas carteleras que exponen de manera

gráfica lo que ha sido el proceso organizativo y recuerda elementos importantes para dar respuesta a los interrogantes fundamentales del Plan de Vida (¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos?). En esta se muestra de forma episódica aspectos del pasado colectivo. En un primer segmento y bajo el título “Territorio de origen” se aprecian fotografías de las montañas del Alto Naya y se hace alusión a la riqueza en biodiversidad, la convivencia con comunidades afros y campesinas, la presencia de grupos armados, y los cultivos de coca para su procesamiento y tráfico. En un segundo segmento “Desterritorialización”, ilustrado con fotografías de los jefes paramilitares que llevaron a cabo la masacre, se muestra también los albergues temporales y se alude a la injusticia con que se mantienen los hechos de violencia que obligaron al desplazamiento en abril de 2001. En tercer lugar, con el título “Reterritorialización”, no solo se muestra la llegada a La Laguna, predio donde fueron reubicados, sino también la decisión por organizarse alrededor de los valores del pueblo nasa, como el respeto la autoridad, la armonía con el territorio y el trabajo comunitario. Se muestran fotografías de sus líderes y *mayores* en diferentes espacios organizativos dentro y fuera del territorio Kitek kiwe. Y finalmente con el título “Plan de Vida” y adornado con los símbolos del pueblo nasa como el bastón de mando de la guardia indígena y el escudo del cabildo, se puede leer también algunos de los objetivos dinamizadores del Plan de Vida de los que se habla y emprenden actividades para conseguirlos como: “acceso a servicios”, “vivienda digna”, “proyecto educativo”, “proyectos productivos”, “apropiación territorial” y “constitución del resguardo”.

La exposición de estos cuatro “momentos” en la historia de la comunidad y el contenido de cada uno de ellos, es llevada frecuentemente a diferentes espacios y a través de distintas expresiones discursivas, como las intervenciones de los líderes del cabildo en asambleas, congresos y eventos de víctimas, también en entrevistas con periodistas e investigadores que llegan a Kitek Kiwe. Los niños del centro educativo también las ponen en escena a través de dramatizaciones que se presentan como parte de los actos conmemorativos (Ver Jimeno et al, 2009) que convocan a otras organizaciones como ONG’s de derechos humanos e instituciones del Estado y que también evidencia la transición de los hechos de violencia y la masacre de la memoria personal a la memoria histórica, pues representa la apropiación de las nuevas generaciones de un pasado en el que no fueron protagonistas (Jelin y Sempol, 2006: 9), pues para el 2001 muchos eran niños de brazos o no habían nacido.

La expulsión del Naya por acción de paramilitares, en palabras de los cabildantes de Kitek Kiwe, frustraron ante todo, un proyecto de vida. Sin embargo el proceso organizativo emprendido por quienes fueron desplazados y decidieron no retornar y exigir la reubicación, dieron origen a un nuevo proceso basado en la identidad étnica y la exigencia a la verdad, justicia y reparación por parte del Estado. El Plan de Vida no solo planifica y expresa los sueños de las comunidades, sino que también vuelve su mirada hacia el pasado y enfrenta los episodios de violencia trayéndolos al presente.

Plan de Vida como modelo para la reparación.

Uno de las razones por las que se ha hablado últimamente en el cabildo Kitek Kiwe acerca de la necesidad de plasmar su Plan de Vida en un documento que pueda ser presentado a las instituciones del Estado, ONG’s y organizaciones indígenas, es la posibilidad de obtener a través de estas los recursos necesarios para llevar a cabo sus proyectos productivos y acceder a los

servicios básicos de los que carecen. La eventual reparación integral en el marco de la Ley de Víctimas promovida por el actual gobierno nacional, la ejecución de los planes de salvaguarda contemplados en el Auto 004 de la Corte Constitucional y la integración del cabildo Kitek Kiwe a la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca –ACIN- a través de sus “proyectos comunitarios”, ha generado bastantes expectativas y ha motivado a los líderes a plasmar en un documento mucho de lo que expresan los comuneros de forma oral en reuniones, asambleas, conmemoraciones y entrevistas acerca de su identidad, su memoria y los principios fundamentales para la pervivencia y sus visiones de desarrollo como comunidad indígena nasa.

Además de recibir asesorías y capacitaciones por parte de experimentados líderes de las organizaciones indígenas del Cauca acerca de cómo construir el documento del Plan de Vida, el cabildo Kitek Kiwe también se ha encargado de llevar los interrogantes fundamentales para construir los Planes de Vida a otras comunidades indígenas como lo son los cabildos del Alto Naya, quienes también fueron víctimas de la entrada de los paramilitares en el 2001 y que continúan *resistiendo* a la presión de los grupos armados que ejercen control sobre esa región. También los han persuadido de la importancia de reflexionar acerca de la planificación y el desarrollo desde la visión propia, como un proceso necesario a la hora de establecer diálogos con el Estado acerca de la reparación en tanto víctimas de la violencia. De hecho, el tercer punto del pliego de exigencias de las víctimas del Naya hacia el Estado en materia de justicia y reparación leído en la décima conmemoración de la masacre, que se llevó a cabo en Timba (Cauca), el pasado 11 de abril de 2011, las víctimas representadas en sus organizaciones exigieron: “Inversión social para los territorios del Naya y Kitek Kiwe. Desde los Planes de Vida de las comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas”. Lo que cual deja en evidencia el interés de los cabildos indígenas, consejos comunitarios y juntas de acción comunal por formular sus planes de vida e incluso, como de hecho se comentó, el interés por formular a largo plazo un Plan de Vida que recoja la visión de los diferentes grupos que habitan la región del Naya.

Muchas de las expectativas generadas alrededor de una posible reparación con el Plan de Vida como documento orientador, están relacionadas con la satisfacción de las necesidades básicas, pues aunque el Estado entregó 44 viviendas a las familias reubicadas en Timbío, estas carecen de los servicios de acueducto, alcantarillado y energía eléctrica; así mismo existe preocupación por el acceso a la educación superior y la inversión en proyectos productivos.

Como se pregunta el antropólogo David Gow, quien ha investigado la planificación y la visión de desarrollo entre indígenas del Cauca a propósito de la reubicación y restablecimiento de tres comunidades nasa reasentadas después de los desastres causados por el terremoto en Paéz (Cauca) en 1994:

¿Qué sucede si aquellos desplazados son víctimas de la violencia estructural que “se manifiesta a sí misma en una profunda inequidad de opciones de vida que se va agravando; en corrupción, arbitrariedad e impunidad; en la permanencia de la exclusión económica y social; en la falta de acceso a información, educación, salud, y necesidades básicas mínimas? (Gow, 2010: 77).

Algunos de los comuneros de Kitek Kiwe reconocen que el desplazamiento fue un evento traumático que les obligó a organizarse y plantearse objetivos que permitieran su pervivencia como comunidad. El proceso de denuncia que han llevado a cabo a través de sus organizaciones en

los últimos años les ha permitido ganar visibilidad ante el Estado y organizaciones de diferente naturaleza, para restablecerse no solo en tanto víctimas de la violencia, sino también como sectores de la población que habitan los márgenes de la institucionalidad del Estado.

En el proceso de destierro y reasentamiento, los desplazados se vieron forzados a reexaminar algunos interrogantes culturales y filosóficos fundamentales y a recurrir a la cultura para adaptarse a las condiciones cambiantes (Gow, 2010: 78). En este sentido el trauma del desplazamiento también fue la oportunidad de pensarse como comunidad y congregarse alrededor de los valores culturales nasa y de una historia asociada a múltiples experiencias con la violencia y el destierro en un proceso que no solamente reunió a indígenas, sino también a campesinos que habitaban en la región del Naya.

Violencias superpuestas

Tres eventos son reiterativos en las conmemoraciones de la masacre, entrevistas con investigadores y en las aulas del centro educativo. El primero es el evento histórico que ha tenido quizá el efecto más traumático en los nativos de América: la invasión europea. En general es algo que las comunidades indígenas de Colombia recuerdan y conmemoran como símbolo de despojo y sometimiento y como el principio del proyecto hegemónico por arrebatarles sus tierras. Es un evento especialmente citado por los líderes del CRIC y la ACIN en sus discursos en congresos, asambleas y marchas de protesta al dirigirse al resto de la población nacional para explicar los motivos de sus movilizaciones. La conmemoración del quinto centenario de la llegada de los conquistadores europeos a principios de la década del noventa fue para muchos analistas el despertar del movimiento indígena latinoamericano, marcando un punto nodal en la cuestión indígena y la lucha por el reconocimiento de sus derechos.

El segundo evento se refiere al desplazamiento al que fueron forzados los indígenas nasa del nororiente del Cauca durante las décadas de los cincuenta y sesenta por motivo de la expropiación de tierras y la persecución por parte de la policía conservadora. Una época que aparece reseñada en la historia de Colombia simplemente como “La Violencia” y que expulsó y dejó sin tierra a familias indígenas de municipios del norte del Cauca, las cuales tuvieron que migrar a las tierras del Naya en los límites con el departamento del Valle, para colonizar y fundar poblados resguardándose así de la persecución política. Así lo relata el profesor Leandro Güetio en su texto “Nuestro Plan de Vida y el proyecto económico de las multinacionales en la región del Alto Naya” leído en la séptima conmemoración de la masacre del Naya:

Nuestros padres, en la época de la violencia de los años 45 y 50, tuvieron que esconderse en las montañas de la región del Naya en defensa de la vida de todos nosotros, tuvieron que esconderse como si hubiéramos cometido un grave delito, allí tuvimos que construir ranchos con hoja de palma y comenzar a sembrar comida, plátano, yuca, pasto, árboles frutales, coca para mambear y así no sentir el cansancio ni hambre y el trabajo rendía más y criamos ganadito, vacas, caballos, muchos animales (Timba, Buenos Aires, Cauca, 18 de abril 2008).

Y por último la arremetida de la violencia paramilitar, conocido públicamente como “la masacre del Naya”, y que para las víctimas no sólo refiere al asesinato de más de 50 personas en abril del

2001, sino a todos los atropellos y humillaciones causados por los paramilitares a su paso por la región del Naya. Refiere al desplazamiento de más de 2.500 personas y a las amenazas de que fueron víctimas los líderes de las organizaciones comunitarias de la región.

El discurso del cabildo Kitek Kiwe establece un paralelo entre estos tres hechos asociados a la violencia, el asesinato de indígenas y el desplazamiento, y encuentra en estos la necesidad de exigir justicia al Estado y la sociedad a través de su organización:

En el Naya, nos mandan una gente para el municipio de Timbío, prácticamente desarraigándonos de nuestro territorio, pero nosotros aún seguimos, porque tenemos el ombligo de nuestros hijos en el Naya, tenemos las raíces allá, aún nos estamos recuperando del rompimiento del tejido social que le hicieron estos asesinos de las AUC el 11 de abril de 2001 cuando quisieron romper nuestro proceso (...) se rompió, y estuvo tambaleando, pero gracias a Dios nuevamente estamos vivitos y coleando como se dice, y peleándole al Estado unos derechos, los cuales nos pertenecen como ciudadanos colombianos, así seamos indígenas, pero realmente tenemos los derechos que tiene cualquier ciudadano, así sea blanco, mestizo, como sea, nosotros como indígenas tenemos derechos, aún mas porque son unos derechos ancestrales. Por eso el 12 de octubre nosotros no lo celebramos, nosotros lo rechazamos, porque cuando llegaron los españoles hicieron la masacre más grande del mundo, nos mataron millones de indígenas, aún nos quieres acabar, pero nosotros estamos coleando, como se dice... (Gobernador de Kitek Kiwe, 2008; en séptima conmemoración de la masacre del Naya. Timba, Buenos Aires, Cauca, 18 de Abril 2008).

De esta forma el desplazamiento del 2001 adquiere profundidad histórica al encadenar hechos que muestran que la colectividad a la que pertenecen había vivido procesos similares en el pasado (Salcedo, 2008). En esta misma dirección Arendt (1995) escribe:

La historia aparece cada vez que ocurre un acontecimiento lo suficientemente importante para iluminar su pasado. Entonces la masa caótica de sucesos pasados emerge como un relato que puede ser contado, porque tiene comienzo y un final. Lo que el acontecimiento iluminador revela es un comienzo en el pasado que hasta el momento estaba oculto; a los ojos del historiador, el acontecimiento iluminador no puede sino aparecer como el final de este comienzo recientemente descubierto (Arendt, 1995:41).

Los hechos del 2001 aparecen en la memoria de los cabildantes de Kitek Kiwe como el acontecimiento que ilumina el pasado, presentando elementos para la lectura de este, dado que otras violencias y otros desplazamientos han sido parte de ese pasado y han definido el presente (Castillejo, 2007). Descubre toda una *experiencia de violencias superpuestas*, que ha marcado la historia moderna de los pueblos indígenas y que Espinosa (2007) conceptualiza como un “continuo del genocidio”, el cual:

Permite aproximar la *institucionalización* de formas de violencia que se han convertido en patrones estructurales de poder y que, hasta hoy, están inmersos en prácticas habituales y cotidianas de marcación, jerarquía, estigmatización, control y

agresión –esta última a veces indirecta y subterránea– contra ciertos grupos humanos (Espinosa, 2007: 57).

Parte de esa estigmatización consistió en el señalamiento de las comunidades y organizaciones del Naya como miembros o colaboradores de las guerrillas por parte de los paramilitares que llevaron a cabo la masacre del 2011 y obligaron a las comunidades a salir de la región. Para Sheper-Hughes (en Espinosa, 2007) desvalorizar ciertos seres humanos y sus modos de vida, es una de las formas en las que se lleva a cabo el genocidio y a la postre funciona como justificación de una eventual eliminación. La experiencia de violencias de las comunidades del Naya y su incorporación en el ejercicio de la memoria colectiva cobran importancia pues abren la posibilidad de cuestionar esta tecnología de poder y las prácticas de violencia que conforman el sustrato de los dispositivos biopolíticos de institucionalización del Estado moderno (Espinosa, 2007: 56). Desde esta perspectiva la movilización de la memoria colectiva por parte de los cabildantes de Kitek Kiwe es ante todo un arma contra el olvido forzado del establecimiento y es la inspiración para llevar a cabo su Plan de Vida como proyecto colectivo en el que la *historia* orienta y motiva a la acción.

Al *continuum* del genocidio se le antepone un *continuum* de resistencia que ha permitido a las comunidades indígenas mantenerse en el tiempo por medio de cada uno de los entramados de su vida colectiva. Organización, memoria e identidad; se movilizan como valores que buscan revertir las relaciones de represión y violencia y buscan contribuir a la construcción de una sociedad que *recuerda* y hace justicia ante la represión y sistemática eliminación de la diferencia.

Bibliografía.

Arendt, Hanna. 1995, *De la historia a la acción*, Barcelona, Paidós.

Castillejo, Alejandro. 2007. “La Globalización del testimonio: Historia, silencio endémico y los usos de la palabra”, en *Antípoda* Vol.4, pp 76-99.

Cabildo Kitek Kiwe. 2011. Plan de Vida Kitek Kiwe. Comunidad del Alto Naya reasentada en el municipio de Timbío, Cauca. Documento electrónico.

Espinosa, Mónica. 2007. “Memoria cultural y el continuo del genocidio: Lo indígena en Colombia”, en *Antípoda*, Vol. 5, pp 53-73.

Findji, Maria Teresa y Rojas, José María. 1985. *Territorio, Economía y Sociedad Páez*. Universidad del Valle. Cali.

Gnecco, Cristóbal. 2000. “Historias hegemónicas, historias disidentes: la domesticación política de la memoria social”. Cristobal Gnecco y Marta Zambrano (eds.), *Historias hegemónicas, historias disidentes: la domesticación política de la memoria*, pp 171-194 Bogotá, ICANH, Universidad del Cauca.

Gow, David. 1998. ¿Pueden los subalternos planificar? Etnicidad y Desarrollo en Cauca, Colombia”, Maria Lucía Sotomayor (ed.), *Modernidad, identidad y desarrollo: Construcción de sociedad y recreación cultural en contextos de modernización*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología, pp 185-224.

_____ 2010. *Replanteando el desarrollo: Modernidad indígena e imaginación moral*, Bogotá, Editorial Universidad del Rosario.

Jelin, Elizabeth y Sempol, Diego. 2006. “Introducción”, Elizabeth Jelin y Diego Sempol (eds.), *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*, pp 9-20. Buenos Aires, Siglo XXI.

Jimeno, Miryam; Castillo, Ángela y Varela, Daniel. 2009. A los siete años de la masacre del Naya: la perspectiva de las víctimas. Disponible en: <http://vsites.unb.br/ics/dan/Serie431empdf.pdf>

Rappaport, Joanne. 2000. *La política de la memoria: Interpretación indígena de la historia en los Andes colombianos*. Editorial Universidad del Cauca. Popayán.

Rojas, Tulio. 2002. “Plan de Vida”, Margarita Serje, María Suaza y Roberto Pineda (eds.), *Palabras para desarmar. Una aproximación crítica al vocabulario del reconocimiento cultural en Colombia*, pp 341–351, Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Salcedo, Andrés. 2008. “Defendiendo territorios desde el exilio: desplazamiento y reconstrucción en Colombia contemporánea”, en *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. 44, No.2, pp 309-335.